

El diario de mi hija Ana

Alfonso Solar Boga
Padre de familia

La escritura
como vehículo
de expresión
del amor paterno.

Cuando una buena amiga y colaboradora de la Revista "Padres y Maestros" me propuso escribir un artículo en la misma, mi primer pensamiento fue para el tema que podría resultar de mayor interés en relación con mi trabajo como gastroenterólogo infantil. Pero cuando supe que lo que realmente interesaba de mi aportación era *El diario de mi hija Ana*, sentí una sensación extraña en la que, por suerte, mi papel como padre se sintió mucho más reconfortado que mi función profesional.

Antes de avanzar en su justificación creo que debo explicar en qué consiste ese diario. Simplemente se trata de una recogida de sucesos, la mayoría banales, que le ocurren a mi hija recopilados con una cierta regularidad, con la simple peculiaridad de que ese registro lo llevo haciendo desde que su madre tuvo los primeros síntomas del embarazo, hace ya más de ocho años.



A. Solar Boga

Dicho así la cosa no parece ofrecer ningún mérito, aunque a mí favor tengo que decir que hacerlo exige una disciplina no siempre fácil de seguir. Su periodo lactante fue de una monotonía que desarma la mayor de las ilusiones. Los periodos vacacionales rompen no sólo la rutina del día a día, sino también el momento de la noche del que siempre dispongo para su escritura. Los viajes profesionales o de vacaciones exigen al regreso una encuesta a familiares y amigos sobre lo ocurrido que no siempre es lo precisa que a mí me gustaría, dado el tipo de registros que hago. Y ahora, cada año que pasa, su vida escolar y social es más autónoma, lo que ocasiona más lagunas en mi conocimiento.

Cuando Begoña se quedó embarazada, el primer temor que tuve fue el relacionado con el medio en el que trabajo. La visión sesgada del mundo infantil que tenemos los trabajadores de cualquier hospital me hizo temer un embarazo lleno de angustias y peligros a los que tengo que reconocer que, pese a mi habitual pesimismo, no cedí gracias a plantearme que ocurriera lo que ocurriera nadie iba a quitarme un embarazo lleno de ilusiones y proyectos. Ese planteamiento a medida que iba avanzando la gestación fue acompañado de una serie de notas que después se convertirían en la primera parte del diario.



A. Solar Boga

Tras la euforia y la ilusión que rodean el nacimiento sin complicaciones de cualquier niño deseado, vinieron los primeros meses de Ana y esa etapa tengo que repetir que no fue fácil. Yo era un pediatra con experiencia, pero era un padre inexperto. Además nunca fui lo que se podría denominar un entusiasta de los niños y menos de los pequeños lactantes. De ahí que mi apatía a la hora de relacionarme con mi hija llegara a ser explicada por alguno de mis familiares, con la mejor intención pero con poca fortuna, con el socorrido juicio: *¡Quería un niño!*. Sin embargo, yo lo que realmente quería era que pronto ¡cumpliera un año! y que su capacidad de interrelacionarse se ampliara. Pese a todo lo expuesto es una época que creo bien recogida en el diario.

En ese aspecto mi intuición pese a mi inexperiencia no me falló; al cumplir un año era capaz de hacer tantas cosas que ya nadie se acordaba del diagnóstico erróneo que justificaba mi apatía. Hoy creo que mi visión de la paternidad es muy similar a la que tenía antes de que Ana naciera. El vínculo es de tal magnitud que sólo asomándome a la ventana de mi consulta y ver a las abnegadas madres cómo bajan del coche a sus hijos discapacitados, para llevarlos al servicio de rehabilitación del hospital donde trabajo, comprendo la grandeza del mismo.

Pero el motivo de este artículo no es hablar de la relación paterno-filial sino del diario de Ana. Vamos a intentarlo. En general los amigos que lo han ojeado emiten juicios magnánimos que yo agradezco y que curiosamente son todos bastantes parecidos: *¡Cómo me gustaría a mí que lo hubieran hecho mis padres sobre mi infancia! ¡Cuando Ana crezca y lo lea le va a encantar!* Pero acompañando a esas opiniones surgen las preguntas: *¿Por qué lo haces? ¿Cuánto tiempo lo vas a seguir haciendo? ¿Cuándo se lo darás?*

Para empezar soy consciente de que este diario, pese al título de este artículo, no es el diario de mi hija, lo ahí escrito no es la infancia de Ana, es tan sólo la visión que yo como padre tengo de su infancia, y este matiz no dejo de recordarlo nunca.

Las veces que intenté contestar a la interrogante del por qué lo hago, siempre acabó creyendo que en el fondo de todo esto lo que hay es un deseo irracional de retener su infancia con nosotros, con Begoña y conmigo. Creo que la memoria es débil y sobre todo muy vulnerable para las cosas *poco importantes* que nos ocurren en el día a día. Y a mí, me fastidiaría olvidar cuándo mi hija conoció a los seres que quiero, los regalos que le hace su amiga *Concha*, cuándo probó alimentos que en el futuro le entusiasmarán o aborrecerá, cuál fue el último día que usó chupete, cuándo descubrió libros cuya lectura la

acompañará siempre, cuándo durmió de un tirón toda una noche, o cuándo y dónde conoció el viento, o qué día fue capaz de decir el nombre de sus abuelos, o simplemente balbuceó Padrón, mi pueblo natal, por primera vez.

Pero para no parecer en exceso egoísta también podría justificar la existencia del diario en el hecho de que todos mis recuerdos de infancia son estupendos; por lo que supongo que sería agradable que cuando ella alcance la madurez alguien le regale un montón de buenos momentos suyos que de otra forma ya pertenecerían al olvido.

A la pregunta sobre durante cuánto tiempo lo seguiré haciendo siempre contesto lo mismo: no lo sé. Y aunque este tema genera múltiples y obvias bromas de mis amigos sobre la etapa adolescente de mi hija y lo que yo escribiré en esa época en el diario, les aseguro que eso no es lo que más me preocupa. Soy consciente de que si continuo redactándolo sus vivencias se alejarán mucho de lo que yo recoja allí. Yo, en esos años de adolescencia, ya no seré el super-papá capaz de resolver todos los problemas y de contestar a todas las preguntas, sino que me habré convertido en un padre carca, lleno de contradicciones y falto de ideales, que jamás podría comprender lo que significa para una chica de 15 ó 16 años el amor, la libertad, la amistad o la utopía. Aún así creo que seguiré con mi recogida banal y sesgada de datos con la esperanza de que con la madurez sus implacables juicios sobre mí se vuelvan magnánimos y le permitan corregir o completar alguna de mis viejas anotaciones.

Permítanme también creer que en su existencia hay otra serie de factores que justifican el que todos los días antes de acostarme encienda mi ordenador Mac y escriba una simple línea en la que cuento cómo ha sido su día. Desde que ella ha llegado a nuestra vida he dejado de ser el centro de cuidados y atenciones de nuestra casa y eso me ha venido muy bien, porque gracias a Ana las comidas y las cenas se han vuelto mucho más divertidas, porque ha conseguido que apenas vea la televisión, porque me ha hecho menos egoísta, porque me ha permitido reencontrarme con los suelos de casa después de casi treinta años sin gatear y me ha gustado ver de nuevo las cosas desde esa perspectiva, pero con unos cuantos años de más, porque cuando está alegre ¡y lo está todos los días! las dificultades profesionales y personales adquieren otra cariz; y todo eso merece una



A. Solar Boga

recompensa que en forma de diario estoy preparando para ella día tras día.

Sobre el momento en el que se lo daré, tampoco tengo una idea preconcebida. Me imagino que cuando acabe su adolescencia el seguir con él ya no tendrá sentido y habrá llegado la hora de "dejarla en paz". Admito que cuando llegue ese día su entrega estará para mí cargada de significados. Siempre tuve dificultades para expresar mis sentimientos y transformarlos en regalo me ha facilitado en no pocas ocasiones una salida airosa, de ahí que la entrega del diario a Ana tendrá para mí, sin duda, un significado especial.

Para finalizar, una reflexión sobre el diario en el futuro, cuando yo ya me haya ido. A medida que esta recogida de datos ha ido creciendo humildemente he ido dándole más consideración y

tengo que confesarles que hoy, además de moverme todo lo dicho anteriormente, introduje en su existencia una trascendencia que admito pueda resultar presuntuosa. Confío que cuando pase el tiempo y a mi querida hija Ana le toque vivir días difíciles y oscuros, y cuando sus ideales no se puedan cumplir y yo no esté a su lado, como siempre, para apoyarla, pueda coger ese montón de folios que día a día todas las noches he ido escribiendo desde antes de su nacimiento, y que su lectura la traslade a su infancia y de alguna manera la proteja, la haga sentir mejor y le de la fuerza y el optimismo que día tras día Begoña y yo intentamos transmitirle para que sea feliz. ■

Desde que ella ha llegado a nuestra vida he dejado de ser el centro de cuidados y atenciones de nuestra casa y eso me ha venido muy bien, porque gracias a Ana las comidas y las cenas se han vuelto mucho más divertidas, porque ha conseguido que apenas vea la televisión,...